

YO/otro/ OTRO/Semejante-enemigo¹



MARCELO N. VIÑAR²

Un título que invita a pensar. Tema grande como un océano, como la historia misma de la humanidad desde sus orígenes. Requeriría un tratado más que un artículo; los enfoques parciales pueden confundir la parte por el todo. Se puede, entonces, abordar desde distintas perspectivas o atalayas; el psicoanálisis es una de ellas, entre muchas. Lo estuve merodeando largo rato sin decidir por dónde entrarle, hasta que llegó un texto que me mandó Graciela Frigerio y se me impuso: *Escritos*, de Eduardo Chillida (2005/2016), un herrero-escultor del país vasco que habla del inconsciente freudiano, probablemente sin nunca haber leído a Freud. Lo mismo me había ocurrido con Svetlana Alexievich, la periodista Premio Nobel 2015 que explora la intimidad de sus entrevistados con una fineza y captación que cualquier psicoanalista ansiaría poseer, explorando las huellas de la guerra, no en la batalla, sino en cómo la experiencia extrema afecta la intimidad de cada ser humano décadas después de haber acontecido. No tenemos el monopolio o la exclusividad de una escucha diferente, pero tenemos la vocación de capacitarnos para estar disponibles a escuchar aquello que en otro lado se omite por pudor o miedo al disparate o al impulso insensato.

Por nuestra preceptiva, renuncia al cuerpo erótico y al cuerpo en acción, se crea un escenario inédito «donde todo ocurre sin que nada

1 Este texto fue inicialmente pensado para una intervención en un panel del Congreso de APU 2020. La distancia entre escuchar y leer es bastante compleja y errática, a pesar de que espontáneamente creemos que es congruente. Espero que los añadidos de la publicación no sean confusos.

2 Miembro de Honor de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net



ocurra» (W. Baranger y M. Baranger), «ambigüedad esencial del campo psicoanalítico» que colinda pero no se confunde con la confesión, y habilita a visitar lugares temidos donde habita la violencia hostil y la idealización que la disfraza.

Por eso el nexo entre las cinco palabras que el título despliega son distintas en el proceso analítico a las del gobernante, del historiador o del politólogo. Confusión de lenguas que la humanidad del tercer milenio deberá transitar para no reiterar los genocidios del siglo XX.

Volvamos a Chillida (2005/2016). Lo cito envidiosamente:

No hay nada que haya hecho más por la cultura que el deseo de saber del que no sabe. (p. 17)

¿No es precisamente la estabilidad el más antinatural y contrario a la vida de todos los conceptos? (p. 18)

[...] todo se reduce a aprender a preguntar. (p. 24)

La mar es siempre la misma, pero de distinta forma [...]. Yo soy un discípulo de la mar en cierto modo. (p. 26)

La unidad se busca, no se posee. (p. 30)

El diálogo entre las formas, sean cuales fueren éstas, es más importante que ellas mismas. (p. 72)

Un herrero y una periodista, para no encerrarnos en la ínsula freudiana y abrirnos a los desafíos actuales de la interdisciplina, asomándonos a los paradigmas complejos. Muchas veces la simplicidad es más elocuente que la erudición.

En la misma dirección opina Octave Mannoni cuando postula que la primera vez que un niño ve una paloma, no la percibe y concibe como lo hace un adulto, quien conceptualiza la noción de *pájaro* o *paloma*, sino que queda capturado por el asombro y el deleite que lo atrapan. Mannoni llama a esta experiencia *preconocimiento*, y es un llamado a significar. Las experiencias fundacionales de vida y de muerte, de atracción o rechazo y huida tienen este carácter para configurar la atracción del erotismo y la angustia fóbica que promueve la evitación del horror. Esta mezcla de curiosidad y terror son una característica de las vivencias primitivas. Anidan en nuestra carpeta de: «Ya lo sé, pero aun así...». Es solamente en un tiempo más tardío que la emoción da lugar a la razón que apunta al sentido³. Y hace de este movimiento secuencial un referente diferencial para la vida erótica y las agonías primitivas, o sin nombre, como las llamaba Winnicott.

Vuelvo a Chillida, que afirma cosas en sintonía con Mannoni:

el asombro que precede al conocimiento [...] porque el objeto de amor debe llamar al Contradictor, ese interlocutor interno o exterior que interrumpe la continuidad del monólogo para permitir la pregunta, pulsar el desconcierto y reconocer la importancia de tener pudor.

La selección de estas frases me produjo un efecto análogo a los *Proverbios y cantares* de don Antonio Machado, uno de los poetas cuya lectura me atrapa y deslumbra. Y me dije: «¡Eureka!, por aquí debo entrar al tema y quizás concluirlo».

Horas o días después, me di cuenta de que haber escogido a Chillida como referente tenía que ver con mi padre, que toda su vida fue vendedor de maquinaria agrícola y hombre de campo. Siempre andaba entre hierros y se jactaba de la mecanización de la agricultura, de la que él fue testigo y

3 *Sentido*: palabra ambigua que alude al sentimiento y a la significación.

actor en el pasaje de la cosecha artesanal al motor a vapor y más tarde al motor a explosión. También su condición de agnóstico, a la que yo más tarde adherí, lo que nos vuelve extranjeros a la religión dominante. Allí se gesta el sujeto escindido entre razón y animismo.

Y sin duda evoqué a mi padre porque él fue —o yo le adjudiqué el ser— mi primer semejante y enemigo (precediendo a maestros y analistas), y así me hizo buscar y hurgar en territorios oscuros e íntimos de mí mismo, más aun con sus silencios de campesino lacónico. De mi madre no quiero hablar porque esos enigmas son secretos que no se saben ni se dicen.

Con este recorrido, lo sagrado y lo sacrílego se vuelven opuestos que no se oponen como el negro y el blanco, sino que se tocan como la mis-midad y la otredad. Sobre todo cuando ocurre con los seres queridos y cercanos, ¡qué sentimiento extraño esa sensación de opacidad o alteridad en el escenario íntimo! Porque del total de existentes posibles, llamamos *realidad* a ese minúsculo fragmento que percibimos por la observación o la reflexión, y con el que construimos los sentidos que nos orientan. Somos también seres racionales y pragmáticos.

En Occidente, el Yo originario se construye en el interior de una familia judeocristiana, constelación familiar existente, faltante o estallada. Muchas veces lo faltante deja huellas más hondas que lo existente. ¡El desierto es más inhóspito que el bosque!

Desde una perspectiva adultocéntrica y espontánea, la distinción entre yo y el otro es nítida y dicotómica, y no plantea problema. Cuando se descubre que los seres queridos no piensan de modo idéntico a uno, empiezan los conflictos que las ciencias del sujeto procuran entender y resolver.

En este escenario se organiza el intervalo entre el otro minúsculo (los otros humanos carnales que nos conciernen) y el Otro, con mayúscula, como *tesoro de los significantes*. Experiencia transgeneracional universal que habilita la diversidad de la inscripción individual. Esto marca los puentes entre cultura y singularidad. Sostiene B. Pingeaud, promoviendo un enfoque estructural, que el mundo se ofrece al niño como una multitud de objetos y seres, y este va descubriendo que no se disponen al azar, sino que se codeterminan mutuamente. La estructura es el lazo invisible que impone un orden y organiza la colección. Pero el objeto de cultura no se descubre por la sola observación o contemplación, el objeto no solo

se percibe, sino que se construye, no hay dualismo entre lo sensible y lo intelectual. La percepción sensible se vuelve sensual por la mirada, o la escucha o el tacto para llegar a la inteligibilidad.

Antaño me engañaron con que el Ser precede a los vínculos; hoy pensamos al revés; la leyenda precede a los hechos, el deseo de hijo debe preceder a la conjunción de los gametos. El Yo y el Otro se construyen obligatoriamente en forma simultánea y coextensiva, y constituyen el marco que alberga nuestra singularidad. Hoy sabemos que no hay Ser antes del siendo y que «se hace camino al andar». O, a la inversa, siempre hay un pasado precursor... hasta buscar el sujeto de los orígenes... destino inalcanzable o decálogo de ilusiones imaginarias.

Hoy —Freud mediante— somos seres inconclusos y anhelantes. Allí, en los extremos de la búsqueda, es donde el sujeto —en los confines de su racionalidad— se vuelve prisionero de sus pasiones y de sus obstinaciones duraderas. Se coloca en sus rivalidades fraticidas o queda en el reino del amor defraudado (el goce lacaniano: satisfacción en lo mortífero).

Hasta aquí las breves consideraciones que pude formular en el ámbito íntimo de un campo bipersonal —en el sentido de W. y M. Baranger (1961-1962)— en el que el dos o sus múltiplos es el número básico que organiza el pensamiento. Ese otro siempre está (sea encarnado o interiorizado), porque el individuo aislado solo existe para enfermar, morir o gozar, no para pensar. Para pensar, necesito dialogar «con el hombre que siempre va conmigo» (citando a Machado).

Final del sujeto autocentrado. Notas para pensarlo en el nosotros de las «almas colectivas», en el seno de una historia de la sensibilidad (Barrán, 1998).

Pensar el sujeto en la cultura. No es sencillo extrapolar este razonamiento a la polis, donde el otro de las multitudes (o masas) sigue una lógica de índole diferente.

Si toda psicología es social (Freud, 1921/1992), la pregunta es cómo pasamos de la primera persona del singular (*yo*) a la primera persona del plural (*nosotros*). Es distinto considerar el nosotros cercano —familia, amigos y vecinos— que la otredad de los grandes grupos que Vamik Volkan (2009) llama *large-group identity* —millares o millones con quienes compartimos los rasgos físicos, la lengua o la religión, las ideologías—,

en los que se pueden promover disensos y rivalidades catastróficas. Allí las discrepancias de creencias y costumbres alimentan la xenofobia, que conduce, desde una forma creciente, a la negociación de la enemistad, al insulto o a la simple destrucción del adversario.

Las fronteras entre el Otro personalizado del amigo o el vecino y las configuraciones múltiples del Otro social pocas veces son nítidas y congruentes. El psicoanálisis es una clínica del *après-coup* y poco puede decir de la historia de los acontecimientos y de los cambios en la sensibilidad, pero postulo que, en el trabajo terapéutico, los puentes entre el sujeto de la intimidad y el ciudadano deben ser amplios, y el trabajo analítico debe dar relieve a sus interacciones.

El semejante, en el campo ciudadano, comienza en el conjunto de lealtades a nuestros grupos de pertenencia, en los que se construyen creencias, valores e ideales que amamos, y otros que condenamos. Allí donde los otros piensan y sienten como nosotros, acogidos o tolerados en el narcisismo de las pequeñas diferencias. El diferente o extraño pone en jaque nuestros deberes de neutralidad y abstinencia. Experiencia vivencial y maduración neurológica se conjugan para superar ese universo de pura presencia —o del objeto auxiliador, objeto bueno— y del objeto amenazante —objeto malo— vigente en la teoría de las posiciones de M. Klein.

Existe consenso en pensar al recién nacido en la fragilidad de su prematurez, como un Narciso primitivo con su lógica binaria y totalizante de «lo bueno, lo trago; lo malo, lo escupo». Este es el prototipo inicial del funcionamiento del xenófobo, el de la fobia al extranjero que se inaugura en el primer año de vida.

¿Cómo se pasa del amor por anexión —que promueve los necesarios vínculos especulares y fusionales— a tolerar la alteración que nos provoca el diferente y al trabajo psíquico de su elaboración, que permite su reconocimiento y legitimación?

Lo constatable es que la historia de los crímenes de la humanidad es tan voluminosa como la del progreso civilizatorio: la hipótesis psicoanalítica más verosímil es que hay que estar en paz consigo mismo, con la propia bondad y autoestima para no proyectar masivamente la agresividad sobre un extranjero que siempre está disponible. Y esto va desde las barras bravas del deporte hasta los que manejan el botón de la bomba atómica.

Daniel Gil (1998) nos habla de «Des-encuentro con el otro y etnocidio» y Edmundo Gómez Mango (1998) señala la mentalidad cerrada del xenófobo que solo sabe contar hasta uno, en contraste con la mentalidad abierta que nos permite el trabajo psíquico de reconocer y tramitar la legitimación del diferente, y la negociación de la enemistad.

¿Cómo se estanca o se supera la persistencia de este Narciso absoluto del origen? ¿Cómo discernir —en la sesión y en la vida— las alteridades a legitimar y aquellas a combatir?

Los libros que me han ayudado en la frontera entre psicoanálisis y socioanálisis son mencionados a continuación.

C. Castoriadis (1975/2013) formula la fuerte hipótesis de que la vida en común construye creencias y valores —compartidos o antagónicos—, lo que constituye una arista importante en la diversidad de los procesos de subjetivación. En la misma dirección, P. Bourdieu (1972) postula la noción de capital simbólico y Diana Sperling (2018) la de «diferencia» para marcar el advenimiento de la alteridad. Dos libros de T. Todorov — *Nosotros y los otros* (1989) y *La conquista de América: El problema del otro* (1982)— recorren de manera erudita los procesos identitarios, tomando como epicentro a los pensadores franceses desde la Revolución Francesa hasta la actualidad. La conmovedora conferencia de Imre Kertész «Patria, hogar, país» (1999/2002) y el agudo resumen de Gregoire Chamayou (2014) sobre la destructividad humana completan el panorama que sobrevuela nuestro encierro en el consultorio freudiano.

Es notorio en el desarrollo histórico el énfasis en las diferencias biológicas (raza o craneología) o religiosas, que se desplazan al poner de relieve las diferencias culturales.

Hubo un tiempo —mediados del siglo XX y plena vigencia de la *Modernidad sólida*— en que el consenso afirmaba que los conflictos internos eran el objeto exclusivo del trabajo psicoanalítico. Contra esta postura, la voz pionera de María Lucía Pelento sostiene que el lazo social es absolutamente necesario, tanto para la organización y reorganización psíquica como para la construcción identitaria. Una parte de nosotros pertenece a las almas colectivas (conjuntos transubjetivos). El tsunami de los cambios civilizatorios, la planetarización de la cultura y de la práctica analítica, y el advenimiento de una epistemología de los paradigmas complejos y

multicausales obligan a repensar los alcances del territorio freudiano. En este breve artículo, más que un desarrollo, estoy proponiendo expandir un programa de investigación, tomando como punto de partida los escritos sociales de Freud, pero actualizando sus desarrollos al mundo de hoy.

La subjetividad posmoderna tiene lógicas originales y distintas de las de mediados del siglo XX. Trabajar los imaginarios culturales compartidos solo con los referentes freudianos de pulsión e identificación puede resultar erróneo y reductivo. Considero que es menester transitar por los dialectos adolescentes para aprender su organización. Los conservadores me argumentarán que la especificidad de nuestro oficio y objeto de estudio quedan cuestionados. Y, efectivamente, tienen razón. Considero que es menester transitar por los dialectos adolescentes y empaparse de su organización para ajustar los códigos de tratante y tratado, asegurarse que familia, sexualidad, parentalidad, ley y trasgresión tengan la misma resonancia en el binomio de trabajo para recién entonces explorar la repetición y la perlaboración.

En el ámbito comunitario de los grandes grupos (masas o multitudes), los vicios autorreferenciales del narcisismo crecen exponencialmente y se expanden en las múltiples expresiones del etnocentrismo, vector decisivo de las aristas abyectas de la condición humana, ya que promueven guerras, tortura, genocidio. Más allá de estos hechos extremos, la disposición xenófoba es un hecho universal. Se trata de no desmentirlo.

Yuval Harari (2016), más actualizado que yo en el cibersujeto, proclama o da a entender una primacía en la eficiencia de las máquinas respecto a la cogitación humana. Felizmente, ya no estaré aquí para tomar posición sobre esta profecía. Por el momento, los favores a Cambridge Analytical para la elección de Donald T. no son los mejores criterios para convalidarla —más bien, me parece un hecho delictivo—, aunque es un estímulo para explorar la sugestionalidad vigente en el mesmerismo del siglo XXI.

Yo-otro-Otro es un tema subordinado a la historia colectiva en un mundo que cambia a ritmo acelerado. Sus verdades, *sus afirmaciones*, serán fatalmente transitorias o efímeras.

En los espacios colectivos, los vicios autorreferenciales del narcisismo se magnifican con el etnocentrismo y con sus derivaciones belicosas

y genocidas. La arista creativa de lo heterogéneo lleva a Levi-Strauss a sentenciar sin vacilación que lo peor que le puede ocurrir a un pueblo y su cultura es ser dejados solos, ya que su aislamiento los empobrece. Pero si nos asomamos a los datos accesibles de la historia sobre el encuentro con la diversidad, vemos que no solo conlleva progreso, sino también la barbarie y el crimen. Las secuelas atroces que conllevan la esclavitud y el colonialismo atraviesan siglos y milenios, y destruyen los contundentes discursos de un humanismo tolerante de las diferencias. Sugiero que transitar las repugnancias con el extraño es un eslabón del trabajo analítico y que omitirlo nos vuelve cómplices de un baluarte, más aun cuando los acontecimientos del siglo XX y las décadas del XXI ponen en evidencia que la xenofobia se vuelve una grave pandemia en la desigualdad actual.

En medio de la pandemia de la Covid-19 y de pronósticos apocalípticos sobre el agua limpia y los combustibles fósiles, amén del declive de los discursos normativos, nuestra práctica y reflexión no pueden contentarse o limitarse a la perlaboración de los conflictos internos y del erotismo singular. Su especificidad, que privilegia una mirada sobre lo íntimo, debe también acompañar a nuestros pacientes a explorar su condición de ciudadanos, con los recaudos que Freud prescribe en sus nociones de neutralidad y abstinencia, porque los síntomas y conflictos internos deben tomar en cuenta el marco sociopolítico donde se producen. ♦